Una casa con sótano

Lázaro A. Díaz Cala

UNA CASA CON SÓTANO

Lázaro A. Díaz Cala

avant
editorial

Primera edición, enero de 2025
© Lázaro A. Díaz Cala, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

IBIC: FA

cincuenta años son tiempo suficiente para
saber si un poeta
es capaz de resistir cincuenta años.

de*: Donde estar vivo, Eliseo Diego.*

Testamento a mi futuro

A ratos siento deseos de visitar a una cartomántica para conocer sobre mi futuro. Siempre desisto. Sé que los días terrenales de cada quien están contados, y me aterraría la idea de saber cuándo culminarán los míos. Si bien es cierto que para nada sería placentero que me sorprendiera el final, menos lo sería conocer de antemano cuándo será.

No creo en las reencarnaciones. Tampoco en infiernos y edenes; prefiero pensar en que dejamos de ver, de escuchar, de sentir, de respirar...; los músculos

pierden vigor y no nos estremece el correr de la sangre por las venas. Nuestro rostro solo quedará en las fotografías de los familiares cercanos y en las neuronas de quienes nos amaron u odiaron un día; quizás, con suerte, en algunos recortes de periódicos olvidados en una gaveta o en un cajón.

Aún tengo muchos quehaceres inconclusos: un puñado de consejos por ofrecer a mis hijas, horas de amor por disfrutar, decenas de libros inéditos o inconclusos. Me gustaría dejar todo en orden. Todo dicho. Inventariado. Cada objeto con su beneficiario. Cada sentimiento expresado en los oídos correctos. Cada texto inédito con su posible destino indicado para que al menos postmortem pudiera caer en manos, primero de un editor, luego de algún osado lector que desee malgastar algunas horas de su

escaso tiempo —seguro también predicho ya por alguna cartomántica— y un puñado de monedas, en leer mis torpes palabrerías. Descifrarlas. Digerirlas. Y, sobre todo, excretarlas.

El caballo de copas siempre fue la carta que me identificó cuando acudía, junto a mi madre, a casa de una amiga espiritista que mes tras mes le advertía de muchos ojos que la miraban y me miraban, de un viaje que yo emprendería... Le entregaba una lista de flores, palos y polvos que debía juntar para limpiar la casa, si mal no recuerdo, los viernes.

Hubo una época en que anduve con un resguardo en el bolsillo. De joven. Para que me protegiera de los malos ojos, las lenguas avezadas, los asaltos, y me ayudara en la conquista de amores. Al poco tiempo lo abandoné. Quizás él me abandonó primero. Luego de eso me

han mirado buenos y malos ojos. He escuchado buenas y malas opiniones. Aún no me asaltan, mas trato de no llevar joyas ni caminar por lugares oscuros a horas avanzadas de la noche; mucho dinero nunca he tenido. Algunos amores no me aceptaron aunque les hablara frotando el resguardo —según me indicara la cartomántica—, pero otros me amaron, amé y amo —ya sin el amuleto.

El hecho de que mis insomnios me obliguen a este pase de revista a lo que fueron y serán mis días, no significa que esté sentado en una terraza bajo el fulgor de la luna, disfrutando el aire fresco a la sombra de un árbol frutal, ni siquiera degustando una cerveza fría o un trago doble de Havana Club. No tengo a mi lado un plato con queso, aceitunas, jamón o masas de cerdo fritas ni tan siquiera escucho música, tampoco leo un libro. Solo

desafío a la luz que irradia la pantalla de mi computadora y exprimo a mis memorias estas fatídicas conclusiones. Creo que es hora de realizar no solo un inventario al pasado, sino un testamento al futuro.

En La Habana, 18 de marzo de 2020.

Cincuenta años

La tarde en que cumplí cincuenta años me acompañaron mis dos hijas (Catherine y Lissa), mi esposa (Elizabeth) y Keyler, el más pequeñito de la familia (nieto de mi esposa). Hubo cake, refresco, helado, turrones, sangría, fotos y una habitación con aire acondicionado a escasos trescientos metros de la playa. Fue un enero común, azotado por un frente frío que nos impidió bañarnos en el mar; pero no que construir castillos de arena, recolectar caracoles, fotografiar barquitos portugueses o exponer las pieles al tenue

dorado del sol invernal. Aprovechando lo desértico del lugar, subí al mirador del salvavidas y desde ahí filmé la furia de las olas y las faenas de recolección y exploración de mis hijas, mi esposa y el pequeñín, que sin comprender el peligro de la resaca, insistía en meterse al agua.

En las noches whisky o cerveza y dominó.

Más tarde yo leía un libro y los demás se deleitaban con la TV o escuchando música con audífonos.

Tres días que transcurrieron más aprisa de lo normal. Tres días alejados del bullicio de la urbe, de las aglomeraciones en las colas de las tiendas, del bus, de los reguetones a todo volumen en las bocinas portátiles de moda, del recorrido por quioscos y tarimas en busca de los alimentos diarios.

La tarde en que cumpla los cincuenta y uno debe acompañarme mi esposa; pero no sé si habrá cake, refresco, turrones, helado, sangría… No sé si estarán mis hijas a mi lado o a cientos de millas y solo tenga como regalo de ellas una videollamada por WhatsApp. Ni siquiera puedo asegurar que esté yo.

En La Habana, 20 de marzo de 2020.

Una botella de ron

Beberse una botella de ron. Despacio. Sorbo a sorbo. Hasta el fondo. Compartirla con el silencio: rememorar décadas vividas, amores, deslealtades, baladas; enjuiciar decisiones que no nos corresponden; añorar caminos, costumbres, celebraciones; seres queridos que han marchado, pero sentimos que nos observan desde las alturas y aprueban o reprochan esta botella de ron y otras, estos juicios y otros, estos atajos o callejuelas y otros.

Beberse otra botella de ron. Mirar la etiqueta para descubrir la marca, los grados de alcohol, el fabricante. Y mirándola, preguntarme por qué nos empeñamos en beber, en emborrachar los recuerdos, en culpar al destino por nuestras imbecilidades, por los fracasos, por estos insomnios… Si solo conseguimos el rechazo, a veces incluso de quienes queremos tener cerca. Por eso brindo. Alzo la copa o el vaso. Y decido que no beberé otra botella, al menos, hasta que no encuentre motivos para una nueva celebración, o un puñado de decepciones que consolar.

En viaje de La Habana a Pinar del Río,
marzo 24, 2020

Los parques

Definición de parque:

Un parque no es solo un sitio para sentarse a tomar el sol o disfrutar de la sombra, leer la prensa, un libro, o pensar en alguna decisión que nos apremie. Cuando me siento en un parque, reflexiono: un parque no es un parque porque tenga laureles, álamos, almendros, palmeras u otras floras ornamentales, ni siquiera porque tenga bancos y farolas; tampoco porque en su centro se erija una iglesia, una fuente o un monumento. Un parque es un parque porque en él

los niños corren de un lado hacia otro; algunas mujeres insisten, en pasarela, una y otra vez, para que los hombres observen sus curvas, zapatos nuevos, ropas o la falta de ellas. En cada parque es imprescindible una pareja de enamorados besándose, sentados en un banco. Y en otro, una pareja discutiendo. En cada parque jamás puede faltar un mendigo pidiendo limosna o al menos un recolector de latas y pomos vacíos, hurgando en el depósito de desperdicios o bajo los bancos... Un parque no es un parque sin una jauría de perros al acecho de una hembra, rascándose las pulgas o simplemente ladrándose entre ellos los desmanes de su día a día. En un parque, también es imprescindible un poeta solitario, en el banco más apartado, escribiendo o leyendo versos.

En el parque frente a la terminal de ómnibus de La Habana, marzo de 2020.

Utilidad de los parques:

En Cuba no existen ciudades sin parques. Ni pueblos sin parques. Los parques son imprescindibles en las ciudades. También en los pueblos; hasta en un pequeño caserío es saludable un espacio donde sus habitantes puedan reunirse a conversar. Un parque amaneciendo es el reflejo de la ciudad, pueblo o caserío; de quiénes son sus habitantes y cuáles sus costumbres. Al amanecer, los parques son útiles para el barrendero, que escobillón en mano amontona la hojarasca y la basura lanzada por los humanos, para repletar sus latones; también para que un par de ancianos intercambien agobios y consuelos por los hijos emigrados, los nietos desconocidos, los precios del mercado y la insuficiencia de su pensión, el papelazo del equipo de béisbol o fútbol; un par de borrachos que recuperan fuerzas para

regresar a sus hogares y enfrentar las refriegas y el desprecio de esposas o familiares. Y por supuesto, también para los perros sin hogar que duermen bajo los bancos o entre arbustos que los refugien de la frialdad y el sereno. Según avanza el día, los parques también son útiles para los vendedores ambulantes, los niños que van rumbo al colegio, los enamorados que se encuentran para proseguir juntos a su colegio o centro laboral, las señoras a la bodega, farmacia o panadería, incluso para algunos canes hogareños que salen con sus amos a hacer necesidades… Es imposible que una ciudad, pueblo o caserío tenga personalidad sin un parque. Claro, un parque sin caserío, pueblo o ciudad alrededor, tampoco tendría su sello distintivo.

21 de agosto de 2020